

Pecamos de redundancia al terminar este breve repaso artístico destacando el carácter humanista de Pablo Serrano, pero es una observación imposible de eludir ya que este artista fue, tal y como de manera acertada señaló Manuel García Guatas, un escultor del Hombre. Y es que el Hombre ha sido el principio y fin de su creación, en primer lugar a la hora de plantear el asunto nuclear de su obra, centrada en la naturaleza humana, en su capacidad de comunicación, en sus miedos y angustias... Y en segundo lugar, al elegirlo como destinatario de su producción artística, puesto que entendía el arte como un medio de comunicación con el ciudadano. Por ello, una parte importante de su obra es de carácter público, es decir, se trata de monumentos situados en la vía pública, con la doble intención de acercar el arte a los ciudadanos y establecer un intercambio con los mismos.

Como hemos podido comprobar, este carácter filantrópico estuvo presente a lo largo de toda su obra, desde sus piezas figurativas hasta sus composiciones dentro de la abstracción geométrica, eligiendo un lenguaje u otro en función del mensaje que él quería plasmar. Precisamente parte de la genialidad de Serrano reside en el dominio que demostraba tanto en el ámbito de la figuración como en el de la abstracción, en los que se movió con una marcada personalidad, al margen de corrientes y tendencias. Nunca cayó en la reiteración formal, ni exprimió el éxito de sus series hasta convertirlas en obras carentes de sentido pero plenas de rentabilidad económica. De este modo, Serrano se convirtió en un artista de creatividad inagotable que supo reinventarse en cada serie, pasando de lo abstracto a lo figurativo de una manera coherente y acertada, siempre guiado por su ansia de plasmar el alma humana.

Pablo Serrano fue un filósofo, un teórico del Hombre, que usó, no tanto el papel y el lápiz, como el bronce, el barro, el hierro... para plasmar sus pensamientos, sus preocupaciones y su infinito amor por la especie humana.





